



Hugo Rodríguez-Alcalá



Al cumplirse los 40 años de *Cuadernos Americanos*

En la «Librería Universal» de Asunción, a principios de 1942, vi un ejemplar del primer número de *Cuadernos Americanos*. Era el librero un hombre de gran cultura, el doctor Carlos Henning, luxemburgués de nación. «Esa revista es muy buena» -me dijo-, «es la mejor que hay en castellano. Si yo fuera usted» -agregó- «trataría de colaborar en ella». La lectura de la revista confirmó ampliamente el juicio de aquel mentor amable y cordial de los escritores jóvenes de la Asunción de mi tiempo.

El número de enero-febrero de 1942 traía artículos, notas, versos de Alfonso Reyes, León Felipe, Joaquín Xirau, Eugenio Imaz y de otros escritores a quienes yo no conocía entonces. En la página tres se leía: «En los actuales días críticos un grupo de intelectuales mexicanos y españoles, resueltos a enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura, se ha sentido obligado a publicar

CUADERNOS AMERICANOS

Revista bimestral dividida en cuatro secciones tituladas:

NUESTRO TIEMPO

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

PRESENCIA DEL PASADO

DIMENSIÓN IMAGINARIA».

Un mapa de América, de todas las Américas, en la página opuesta, traía un pensamiento de Rubén Darío y otro de Pi y Margall. Ambos escritores hispánicos afirmaban más o menos lo mismo: que América es el porvenir -decía Darío- y la salvación -decía Pi y Margall- del mundo. Había además en la revista dieciséis ilustraciones. Entre ellas, un retrato de Bolívar, en alusión a ideales americanistas, y cuatro dibujos de Picasso.

Cuadernos Americanos era como la voz de América en aquellos días trágicos de la Segunda Guerra Mundial: «En esta hora en que la vieja Europa» -escribía don Jesús Silva Herzog- «se asesina con furia inaudita y se destruyen muchas de las más valiosas obras materiales acumuladas por el esfuerzo de las generaciones pretéritas; en esta hora en que la ruina y la desolación amenazan invadirlo todo, es preciso que se oiga un grito salvador cuyo eco atravesase los mares y se repita de montaña en montaña. Ese grito no lo puede lanzar la Europa torturada, ni quizás tampoco los Estados Unidos porque lo apagarían las voces imperativas de los financieros; tiene que brotar de gargantas americanas, de nuestra América, de 'la América Nuestra -como dijo Darío- que tenía poetas desde los viejos tiempos de Netzahualcóyotl'».

Obediente al consejo de mi mentor luxemburgués escribí de un tirón un artículo sobre Bolívar. Metí las cuartillas en un sobre grande y tracé cuidadosamente la dirección del señor Jesús Silva Herzog... ¿Quién era aquel señor Silva Herzog? La lista de miembros de la junta de gobierno de la revista indicaba que el director de la misma era un economista, y director de la Escuela Nacional de Economía de México. Nada más sabía yo acerca del hombre a quien remitiría mi artículo. En 1942 don Jesús no era bien conocido fuera de México. Más tarde circularían sus libros por el —181→ Continente. Sin embargo, para obtener una idea cabal acerca de quién era (y es) don Jesús Silva Herzog había entonces que esperar muchos años: había que esperar hasta 1972. Y doy esta fecha porque en 1972 apareció la primera edición de un libro extraordinario que lleva su firma. Me refiero a su autobiografía -primer tomo- titulada muy adecuadamente *Una vida en la vida de México*.

Este libro, escrito con notable lucidez y naturalidad y con exquisito sentido de humor, narra la heroica lucha de un estudioso, de un maestro, de un fecundo escritor, el cual, en las primeras líneas del primer capítulo, bellamente titulado: «Niebla al amanecer», nos dice:

Pronto supe que yo no era un niño como todos...

¿Era el futuro escritor un niño prodigio, una criatura excepcional por la precocidad de sus dotes? Nada de esto nos dice don Jesús. Sigamos leyendo:

«No veía bien. Mi madre, mis abuelos, mis hermanos me lo decían diariamente y me sentía un poco triste. Con el ojo izquierdo, veía poco; con el derecho, casi nada. Esto lo oía contar muchas veces, muchas veces... Las visitas se ponían serias y se dejaba de conversar».

Hasta los ocho años el futuro prócer mexicano no conoció ni letras ni números y nadie creía que pudiese, por su casi ceguera, ir a la escuela. Pero el niño no se dejó amilantar. Insistió en ir y fue -aunque un poco tarde en lo que mira a los demás niños- a la escuela. Tenía un enorme deseo de saber. Pronto aprendió a leer y a escribir. «Leía y escribía» -nos cuenta- «con el libro o el papel muy cerca del ojo izquierdo, de tal manera que con frecuencia me manchaba la nariz».

Cuando se medita en lo que logró realizar aquel niño cegato a lo largo de una vida insólitamente activa y creadora, y en una esfera de actividad para la cual necesitaba, precisamente, el uso continuado, tenaz, agobiador, de los ojos insuficientes, el ejemplo moral de don Jesús es casi único en la historia de nuestra América. Otros grandes hombres, en la niñez, lograron educarse sin ayuda de maestros y sin poder comprar libros. Don Jesús iba a tener libros y maestros; pero apenas tenía ojos.

Pero volvamos a *Cuadernos Americanos* y a aquel remoto día de 1942 en que leí el primer número y experimenté un vivísimo —182→ deseo adolescente «de pertenecer a la revista». En este deseo acaso hubiera la adivinación de que la revista no iba a ser como tantas otras, de vida efímera, surgida de un entusiasmo pasajero, o una empresa cultural de motivaciones sin verdadera trascendencia, sometida a influjos extraliterarios.

Si hubo tal adivinación, no pudo ser ésta más certera porque la revista era e iba a ser en una multiplicidad de sentidos, excepcional. Treinta años después de su fundación, conservando ella idéntico formato y el mismo alto nivel intelectual, don Jesús Silva Herzog narró la génesis de *Cuadernos Americanos*. Cuando con un grupo de escritores mexicanos y españoles decidieron fundar una revista «de ámbito continental», disponían de todos los recursos espirituales para tamaña empresa: talento, entusiasmo, idealismo; pero no tenían dinero. Obtener el dinero necesario sería tarea del economista, esto es, del Director.

Don Jesús optó por prescindir de un mecenas opulento porque los hombres ricos o las instituciones poderosas «suelen ser exigentes e imponen opiniones». Era mejor recurrir a muchos *mecenitas* y a cada uno pedir nada más que 500 pesos. De los treinta y cuatro *mecenitas* a quienes solicitó ayuda, sólo le falló uno. Hombre práctico y lúcido, el economista decidió, poco después, no excluir a los ricos con tal que la ayuda de éstos fuese moderada y, por consiguiente, «sin peligro». Y un día en que don Jesús topó con un par de ricachos en una oficina pública, les preguntó: «¿Qué han hecho ustedes por la cultura de México?». Los interrogados respondieron no haber hecho nada.

«Les voy a dar una oportunidad de tranquilizar su conciencia» -añadió don Jesús- «ayudando a la publicación de la revista continental *Cuadernos Americanos*». Los ricachos sacaron sus chequeras, firmaron un cheque en blanco y le autorizaron a poner la suma que don Jesús quisiera.

«No señores, no es para tanto», se apresuró a decir don Jesús. Con cinco mil pesos cada uno se conformaba.

Así reunió los primeros 30.000 pesos.

La anécdota es muy reveladora. Debía ser la revista, ante todo, independiente y, merced a ello, perdurar fiel a sus ideales. En la celebración de los quince años de la fundación, don Jesús dijo algo que hoy, al aproximarse el cuadragésimo aniversario, sigue siendo cierto: «... quince años de servir con pasión fervorosa y amor apasionado a nuestro México y nuestra América; —183→ quince años de luchar por la paz entre los pueblos y por el goce de la libertad para todos los hombres; y después de los tres lustros transcurridos, podemos decir que jamás la codicia normó nuestros actos ni *la dádiva del poderoso torció nuestro rumbo*» (El subrayado es mío).

La revista nació bajo los mejores auspicios. La idea de su americanismo «de ámbito continental» fue de don Jesús; el título lo sugirió nada menos que nuestro máximo humanista: Alfonso Reyes; la división en cuatro secciones fue ideada por Bernardo Ortiz de Montellano, Eugenio Imaz, Juan Larrea, León Felipe y el futuro director. El formato a que ha sido fiel en cuarenta años, se debe a Juan Larrea. Todos poetas estos fundadores, excepto Eugenio Imaz, que era filósofo. Felizmente para la revista, el director, fino poeta, es, como ya se ha subrayado, hombre práctico y economista de profesión. Desde el primer número hasta la fecha, don Jesús ha desempeñado dos funciones: la dirección y *la gerencia*. Y este hombre de prodigiosa laboriosidad y no menos prodigiosa vitalidad, armonizando la visión idealista del poeta y la visión práctica del economista, ha asegurado larga y gloriosa vida a *Cuadernos Americanos*.

Dije más arriba que en 1942 sentí vivísimo deseo de colaborar en la revista. Publicar en el entonces remotísimo México -los aviones tardaban varios días en cruzar el continente- hubiera sido como una evasión del hervidero de pasiones políticas que era entonces el Paraguay. Sin embargo, el artículo sobre Bolívar jamás fue expedido. En el momento de pegar los sellos al sobre, tuve un escrúpulo, una duda. Pasaron varios años de viajes y de estudios universitarios en ciudades extranjeras, hasta que un día de 1954 envié un ensayo a don Jesús. Quise que el ensayo fuera muy «americanista» por su tema y su inspiración. Don Jesús me contestó a vuelta de correo. Publicaría con mucho gusto -me decía- el ensayo sobre el que yo llamaba «el más americano de los filósofos y el más filósofo de los americanos». Desde entonces -han transcurrido 27 años- he mantenido una correspondencia muy activa con el gran hombre grande. No sólo colaboré año tras año en *Cuadernos Americanos* sino que a pedido de su director participé en homenajes y en celebraciones de aniversarios auspiciados por la revista. Es más: recomendé a varios escritores que se convirtieron en asiduos colaboradores de la revista, como por ejemplo el talentoso pensador español Julián Izquierdo Ortega.

Si en estos casi treinta años de amistad con don Jesús he observado que los rasgos de su pluma han ido perdiendo su enérgica firmeza, el espíritu y la cortesía del maestro siguen idénticos. La puntualidad del corresponsal sigue también infalible y ejemplar. En febrero de 1980 don Jesús me escribió que entre 1954 -fecha de mi primera colaboración- y la fecha de su carta, dos escritores sudamericanos batían el récord en lo que mira al número de colaboraciones en la revista. Estos dos sudamericanos somos Felipe Cossio del Pomar, peruano, y yo.

Hará unos seis meses que hurgando yo en mi biblioteca encontré el viejo ejemplar de tapa azul y blanca del primer número de *Cuadernos Americanos*. Dentro había un manuscrito amarillento ya. Era mi artículo sobre Bolívar nunca enviado a don Jesús. Lo leí y no me pareció mal; en rigor tuve la certeza de que me lo hubiera él aceptado. No era inferior, por lo menos, al ensayito de 1954, tan bien acogido por el maestro.

Hoy, al celebrarse el cuadragésimo aniversario de la gran revista, lamento aquel escrúpulo juvenil de 1942. De haber publicado yo aquel artículo en 1942 celebraría yo, personalmente, no sólo el aniversario de *Cuadernos Americanos*, sino también un aniversario íntimamente mío...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario